

Amor Demoníaco y Otros cuentos extraños

GERMÁN CASAS



AMOR DEMONÍACO Y OTROS CUENTOS EXTRAÑOS

GERMÁN CASAS

Creado con **EDIT.org**

Capítulo 1

AMOR DEMONIACO

Era domingo por la noche y se acostó temprano porque no quería llegar trasnochada a su trabajo, por eso, colocó el despertador a las cinco y treinta de la mañana, luego, se recostó pensando en lo que había dejado pendiente para el lunes y notó que no había nada postergado, razón por la cual, se durmió totalmente confiada soñando con lo único que no la dejaba dormir tranquila, su soledad.

Encontrar el amor de su vida o alguien que le hiciera compañía por primera vez en sus cuarenta y cinco años de existencia se había convertido en su prioridad. Algunas veces cerraba los ojos e imaginaba a un hombre rubio, alto, de ojos azules, de contextura gruesa y fuerte, fantaseaba como la tomaba entre sus brazos y la abrasaba con gran fuerza y luego, como llevaba sus labios ante los de ella y los besaba con pasión. Otras veces, imaginaba a un moreno escuálido de ojos negros y pestañas encrespadas, un galán de contextura delgada pero fuerte al mismo tiempo, de igual manera, concebía cuando la tomaba entre sus brazos y la besaba con tal pasión que sentía algo extraño en medio de sus piernas, eso la excitaba y la acongojaba al mismo tiempo ya que sabía que eso no era más que un sueño, un delicioso sueño del que no quería despertar pues, hasta ese entonces, hasta esos cuarenta y cinco años aún no conocía lo qué era el amor, no sabía lo que era una caricia ni un beso, no conocía la sensación de estar compartiendo el calor de su cuerpo con otro o lo que se sentía hacer el amor.

Para ella, lo único conocido era lo imaginado, lo vivido en la irrealidad de sus sueños nocturnos y mojados. Tal vez, moriría sin conocer el amor, sin sentir la compañía de alguien, sin abrigar los placeres de la lujuria. Eso la sumía en una profunda depresión que no le permitía dormir placenteramente tal y como lo anhelaba, sufría y lloraba en sus sueños y en la realidad. Ese sentimiento torturaba su corazón y sobre todo, su orgullo, entonces, al igual que todas las noches, sucumbía vencida por su tristeza hasta el amanecer.

Sonó el reloj a las cinco y treinta como lo había programado, estiró sus brazos para desperezar su esbelto cuerpo. Se levantó dirigiéndose a la cocina para preparar el café de todos los días, lo dejaba en la estufa unos minutos, el mismo tiempo que aprovechaba para tomar una ducha. Se desnudó lentamente, luego, abrió los grifos llenando la tina de agua caliente y fría para preparar su baño, después, introdujo su mano en el agua para verificar que la temperatura estuviera en su punto exacto. Enseguida, metió su delicada figura experimentando una sensación incomprensible de relajación, tomó el jabón y empezó a deslizarlo por su cuerpo, primero las piernas, suave y delicadamente y mientras lo hacía, la

idea del amor comenzó a rondar su mente.

Imaginaba a su príncipe azul, a su hombre, evocaba nuevamente la sensación de un beso, la emoción de tenerlo entre sus piernas, eso la excitaba a tal punto que, comenzaba a acariciar sus senos y su vagina al mismo tiempo, era tanto el placer que sentía que no se daba cuenta de lo que hacía, masturbaba su cuerpo con la misma pasión que lo hacía con su alma la cual era absorbida por aquella fantasía erótica, cada segundo, cada minuto. Cada instante la alejaba aún más del mundo tangible y luego, repentinamente, un sonido en la cocina la despertaba de su deliciosa fantasía y la regresaba a la cruda realidad, entonces, tomaba una toalla y corría rápidamente para apagar el café que se regaba lentamente sobre la estufa, esas calamidades no eran nuevas para ella pues, de los siete días de la semana, el café se le derramaba al menos seis.

La bebida estaba un poco desabrida ya que la cocina no era uno de sus talentos, es más, le desagradaba por completo. Miró el reloj y notó que ya había transcurrido una hora desde que se había levantado. Corrió a su habitación para vestirse pues, aunque se levantaba temprano siempre se le hacía tarde. No había alistado que ponerse aún, por eso, se dirigió directo al clóset y sacó unos pantis y un sostén de color negro, era su color favorito, tal vez porque reflejaba de alguna manera su personalidad atrayente y misteriosa a la vez, luego, tomó una falda corta, una blusa y unas medias negras y se vistió mientras se miraba en el espejo y aunque no lo notaba, lucía verdaderamente atractiva, demasiado provocativa para la mirada de cualquier hombre y su cuerpo, a pesar de su edad, seguía esbelto, atlético, atractivo, casi perfecto.

Ella sabía que la vanidad era la principal cualidad de las mujeres, entonces, no podía entender por qué a pesar de todas esas formas, aún no había podido encontrar el amor, tan sólo, unas propuestas indecentes de muchos hombres, a lo mejor, era su manera de pensar la que la alejaba de todas esas posibilidades, si no fuese tan moralista, si no fuese tan correcta, ya habría sucumbido ante las peticiones de muchos caballeros, sin tan sólo se hubiese comportado como una prostituta, una mujerzuela sin escrúpulos que accede ante los deseos más lujuriosos de los hombres, ella no lo hubiese hecho por el dinero sino por el placer de la carne viva, vaya pensamientos libidinosos para tan casta mujer, pero no podía cambiar su manera de pensar pues, aunque sus pensamientos estuvieran llenos de lujuria, ella era una romántica total, quizás, la única existente en este mundo lleno de sodomía -al fin y al cabo, todos los hombres siempre quieren lo mismo, acostarse con una mujer, probar las delicias de su carne y luego desaparecer tan rápido como una chispa en la oscuridad-musitó.

Salió tan rápido como pudo, miró nuevamente el reloj con un poco de preocupación -tarde como siempre- sin embargo, de nada servía en esos

momentos mirarlo si por más que lo hiciera eso no le ayudaría a llegar más temprano. Tomó el autobús de las siete y mentalmente rogaba el apresuro del conductor y en su corazón, tenía la tenue esperanza de recorrer quince kilómetros en veinte minutos, algo que con el tráfico de la ciudad era casi imposible. Pagó su pasaje y miró hacia todos los lados para encontrar algún asiento desocupado, pero al igual que todos los días, el autobús venía totalmente repleto, por ende, tenía que realizar algo que no le gustaba, recorrer la larga travesía hacia la parte trasera del mismo.

Tomó aire y empezó a caminar por entre el angosto corredor que formaban las personas en el interior y después de pedir mil permisos y disculpas logró su objetivo y aunque no en una posición muy cómoda, consiguió un pequeño espacio. Miró nuevamente el reloj, ya habían transcurrido la mitad del tiempo que necesitaba para llegar a su destino y el autobús aún no recorría ni cien metros. Pensaba en la cara que le haría su jefe al llegar por enésima vez tarde, probablemente la despediría o le haría uno de esos reclamos a los cuales aún no estaba acostumbrada -si fuese un hombre todo sería más fácil, tan sólo una mirada coqueta bastaría para convencerlo, pero cómo diablos convencer a una mujer- pensó. Eso la fastidiaba, pero, al fin y al cabo, ella era la única culpable de sus infortunios, por lo tanto, decidió relajarse, pensar en otra cosa, algo que la distrajera un poco y la hiciera olvidar por un instante lo que le esperaba, pensó en aquello que había dejado pendiente pero no había nada, tenía que pensar en algo. Pensó en la telenovela de la noche, en el programa matutino de la radio, en las viejas canciones románticas olvidadas pero estas imágenes no perduraban más que unos segundos porque pronto regresaban a su mente las fantasías de aquel hombre invisible que le hacía sentir inefables placeres mundanos y románticos, caviló tanto que pronto fue absorbida de nuevo por sus fantasías, y fue allí, en esos instantes cuando sintió algo diferente en la llenura de ese autobús.

Una mano desconocida acariciaba una de sus piernas semidesnudas, casi descubiertas por esa falda corta, la mimaba, la palpaba con tanta ternura que no le disgustaba. Otra en esos instantes hubiese gritado llena de ira, pero no, no podía comprender el por qué le gustaba, era la primera vez que le sucedía algo así. Luego, sintió como esa mano subía lentamente hacia el interior de su entrepierna, el placer que sentía con esos movimientos era inexplicable pero delicioso, en su mente se figuraban mil imágenes de una inmensurable lujuria mientras pasaba la lengua por sus labios, no pudo hacer nada más que cerrar sus ojos y disfrutar de ese instante, de esos toques placenteros. Sentía como un escalofrío recorría todo su cuerpo, su piel se erizaba ante tal emoción, pero quién, ¿quién podría ser el dueño de aquella libidinosa mano? ¿Quién podría ser el productor de tan semejante placer?

Capítulo 2

Olvidó por un instante todos aquellos caprichos, aquellos complejos que no le permitían ser feliz, no podía resistir más, su cuerpo ya no soportaba tanto calor producido por esas caricias, por los roces de esa mano lasciva. Retorcía su cuerpo de placer mientras aquella mano acariciaba sus partes más íntimas, las que sólo ella había tocado hasta ese día.

Repentinamente, en una expresión de inmensurable placer incontrolable provocado por esa mano carnal, su cuerpo no resistió más tanto calor y como un volcán en medio del infierno su ser hizo erupción provocando en ella un grito de placer que rompió el silencio de aquel bosque de cabezas que se encontraba allí dentro. Sintió vergüenza al ver que era observada por todo el mundo y más vergüenza sintió aun cuando notó algo mojado entre sus piernas, esto la obligó a bajarse del autobús con rapidez y delicadeza a la vez.

Descubrió que había mojado sus panti, aquella erupción fue un orgasmo, sensación algo extraña pero demasiado placentera sentida y vivida por ella por primera vez. Trató de disimular aquello que le había sucedido quitándose su chaqueta y colocándosela amarrada en la cintura, sintió nervios, fue algo que la tomó totalmente desprevenida, pero más desprevenida y nerviosa se sintió cuando extrañamente alguien puso la mano sobre su hombro y susurrándole en su oído con una voz suave, profunda y penetrante las palabras -¿Te gustó?- entonces, sin pensarlo dos veces, miró hacia atrás para apreciar quién podría ser aquella persona, de quién podría ser esa voz tan fina y estremecedora. Giró su cabeza y su rostro simplemente no podía creer lo que pasaba, todo su ser quedó estupefacto ante aquello que observaba en esos momentos; nunca, era la primera vez que le sucedía algo tan extrañamente sorprendente durante sus cuarenta y cinco años y en esos instantes no sabía si llorar o reír ante lo que estaba viendo.

Al voltear, observó a una mujer, pero no una mujer como cualquier otra, esa mujer era exageradamente bella, tan bella como sólo los ángeles lo pueden ser. Un cabello negro y lacio descendía por su blanco rostro contrastando de una manera espectacular con sus ojos azules que a la vez reflejaban la poca luz del sol que reinaba en ese día gris, sus facciones eran delicadas y perfectas, ni una arruga sobresalía de su hermoso rostro, unos preciosos senos sobresalían de su pecho como dos jugosas naranjas, las más robustas que cualquier árbol pudiera dar y su cintura era tan esbelta que hasta la reina de las abejas envidiaría. Estaba realmente sorprendida ante semejante belleza y no entendía a lo que aquella mujer se refería con esa pregunta desconcertante, no podía comprender, no podía ni imaginar lo que suponía aquella dama, pero aún más atónita quedó cuando aquella mujer refutó nuevamente la pregunta - ¿Te gustó? -
-No sé a lo que te refieres- expresó ella con un poco de preocupación. Aquella mujer la miraba fijamente a los ojos de una manera tan

penetrante que la hacía sonrojar -Tú sabes a lo que me refiero - replicó ella. -veo en tus ojos el placer de mis caricias y aún siento en mis dedos la humedad de tu cuerpo. - Ese comentario la dejó estupefacta ya que le recordó lo sucedido anteriormente en el autobús. Esperaba cualquier cosa, pero en su mente nunca se figuró que aquello que le sucedió en el autobús hubiese sido producido por una mujer, hubiera imaginado tal vez a un hombre morboso y tosco por su manera de actuar, pero todo eso la dejaba turbada.

Nunca imaginó que una mano femenina tuviera el poder de excitarla, aunque fuera un poco. -Vamos, no te acongojes, te invitó un café para que hablemos- fueron las palabras de aquella mujer parecida a un ángel pero que actuaba como un demonio. Al escuchar la tranquilidad con la que la mujer dijo eso, movió su cabeza como un autómata y aceptó casi hipnotizada pero luego recordó que iba tarde al trabajo y no como todos los días ya que esta vez iba verdaderamente tarde, entonces, como si despertara de un sueño, salió corriendo, olvidando que estaba mojada. - No huyas- le dijo la otra mujer -No estoy huyendo- replicó ella. -es que voy muy tarde a mi trabajo- -No importa- le respondió -mi nombre es Lebzul. Primero cumple con tu deber, toma, está es mi dirección, quiero que nos veamos cuando salgas del trabajo, allí estaré esperando por ti con ansiedad. Sin embargo, no es tu obligación ir, sólo ve cuando estés totalmente segura y sin ninguna clase de temor, sin embargo, si este es más grande que tu curiosidad entonces no vayas, ya que hoy es el único día que estaré en este lugar- las palabras de aquella misteriosa mujer tenían en su interior un poder de dominio casi irresistible, luego, se acercó delicadamente a ella y le dio un tierno beso en la mejilla y desapareció entre la multitud que parecía invisible para ellas. Aquello la impactó más que lo que había sucedido entre sus piernas. Después de eso, pensó por un instante y decidió mejor volver a su casa para cambiarse, de todas maneras, ya era demasiado tarde para regresar al trabajo y, al fin y al cabo, sería más fácil justificar una ausencia que un retardo, además, no se encontraba en las mejores condiciones para llegar allí, en cambio, en su casa, tomaría un baño y reflexionaría sobre todas las cosas que le habían ocurrido.

Al llegar, sacó las llaves y abrió la puerta rápidamente para que nadie la observara pues, ella consideraba la privacidad como algo sumamente importante y no faltaba siempre el vecino curioso que observaba desde atrás de una cortina. Cerró la puerta y subió hasta su apartamento el cual abrió también rápidamente. Entró y tiró su cartera sobre el sofá, se dirigió al baño y abrió los grifos para llenar la bañera y se desnudó con prontitud ya que le empezaba a incomodar lo que llevaba puesto. Llevó su ropa manchada a la lavadora mientras caminaba desnuda por la casa. Se dirigió al baño y se metió en la tina para lavar su cuerpo, suspiró en el instante en que entró al agua no por el cansancio sino por lo acontecido,

pues no podía creer aun lo que le había sucedido.

Recordó lo del autobús, sintió una sensación extraña pero placentera, al fin y al cabo, lo sucedido no le había disgustado, es más, lo había disfrutado totalmente, lo único que la consternaba era la persona que lo había hecho, no era lo que ella esperaba pues, si de eso se tratara, ella siempre imaginó a un hombre y no a una mujer, pero de todas maneras, le era difícil creer que una mujer fuera capaz de producir tanto placer y más que eso, no podía olvidar su rostro y aún más sus palabras, era algo diferente, el pensar en ello la llenaba de miedo y al mismo tiempo de curiosidad, en su interior una gran paradoja perturbaba su mente, el ir o no ir a la cita se había convertido en su big bang, si hubiese sido un hombre todo sería mucho más sencillo pues no lo pensaría dos veces para intentarlo e ir allá y entregársele por completo, pero una mujer era la causante de todos los instintos sexuales sentidos hacía unos instantes atrás y aunque no le disgustaba, no podía ser buen visto por su conciencia ya que iba en contra de su naturaleza, de sus creencias y de su moralidad, se acongojaba cuando pensaba en eso pero también sentía placer al recordarlo, no sabía por qué pero eso la excitaba demasiado, ella sabía que el placer era el causante de sus sensaciones, se revolcaba en la tina ante tal alucinación, por lo tanto, decidió abandonar su baño para tomar un pequeño descanso que la hiciera relajar y olvidar por un instante de todo lo sentido hasta el momento. Se recostó en la cama y segundos después se durmió con intranquilidad.

Capítulo 3

Un sueño invadió su mente, un hombre robusto y atlético se acercaba hacia ella y la besaba de una manera apasionada, mimaba sus labios con pasión, luego lentamente descendía la lengua por su cuello hasta alcanzar sus senos los cuales agarraba firmemente con sus manos para besarlos y succionarlos como lo haría un chiquillo con la ansiedad de obtener alguna gota de leche materna, enseguida, descendía lentamente hasta el ombligo para luego ubicarse entre sus piernas, no podía soportar tanto placer, daba vueltas en su cama y la irrealidad se apoderaba de su realidad. Decidió mirar hacia sus piernas para observar de quien se trataba y cuando lo logró, unos ojos azules la observaban fijamente con pasión y luego lentamente, una cabellera negra aparecía entre sus piernas y un rostro angelical la observaba con un ardor tan candente que hubiera quemado sus sabanas en ese instante, al ver aquel rostro se despertó súbitamente con la almohada entre sus piernas, el sudor bañaba su cuerpo, ella sabía que era de placer. Ya no podía resistir más, ya no podía luchar más contra su destino.

Se levantó y vistió para acudir al lugar que aquella mujer le había indicado, no sabía qué sucedería pero estaba dispuesta a asumir los riesgos pertinentes y si el destino toda la vida le había negado a un hombre, entonces, buscaría placer en una mujer, ya en esos instantes el amor no importaba, en esos momentos la pasión era más fuerte que el amor, tal vez, su sueño le reveló algo aún más intenso y si aquello se trataba de una tentación demoníaca entonces, estaría dispuesta a quemar su alma en el infierno, al fin y al cabo, cada uno era culpable de su propio destino y ella ya había escogido el propio.

Cerró la puerta y salió de su cuarto con una incertidumbre incierta, no sabía lo que el destino le tenía preparado en el lugar hacia donde se dirigía, y aunque temerosa, también iba emocionada. No sabía, no podía imaginar que nuevas sensaciones le esperarían allí. Cuando subió al autobús su cabeza se llenó de recuerdos, no iba tan lleno como el de la mañana, pero este de una u otra manera le evocaba momentos gratos. Se sentó en el último asiento y por un momento supuso que se trataba del mismo de la mañana e imaginó que ella era la dueña de la mano que se introdujo dentro de su falda, dentro de sí misma, sentía algo extraño y pensó que se trataba de algo estúpido entonces, recostó su cabeza contra el vidrio para reflexionar sobre lo sucedido, dudó por un instante y pensó que todo eso era ridículo. - ¿Qué me está pasando? - se dijo a sí misma. - soy una tonta- Decidió bajarse para retroceder y abandonar esa idea tan absurda y cuando lo hizo, cuando pisó el suelo se dio cuenta que se había bajado exactamente en el lugar del fugaz encuentro. -el destino sí que juega sucio con las personas- Ese fue su pensamiento, pues ya no había nada que hacer, ya no había tiempo de arrepentimientos, debía acudir a la

cita.

Súbitamente desde el cielo una llave cayó ante sus pies y cuando miró hacia arriba para ver quién se la había arrojado no pudo más que observar a un conjunto de nubes grises que recorrían el cielo sin que nada pudiera detenerlas. Recogió la llave y vio que tenían un llavero con los números 66-6, ese parecía ser el número de la habitación a la cual debía dirigirse. Entró al edificio y percibió que se trataba de un lugar elegante, se dirigió al ascensor sin que nadie la detuviera, aunque ella rogaba porque eso sucediera, pero tan sólo fue observada por el único vigilante que agachó su cabeza un poco para saludarla. Ya nada podría detenerla, cada instante, cada piso que ascendía el ascensor la llenaba de ansiedad, su corazón palpitaba con la misma fuerza de una tonada de rock. El ascensor se detuvo en el piso sesenta y seis, se abrió la puerta, y luego ella caminó por un largo corredor que contenía una sola habitación. Entonces, miró la llave y la introdujo en el cuarto número seis.

Una luz roja iluminaba aquel cuarto causando un efecto oscuro y misterioso, sintió temor y quiso dar la vuelta para huir de aquel extraño lugar y cuando decidió hacerlo, la puerta se cerró como si algún poder extraño hubiese leído sus pensamientos, luego, una voz sensual sonó rompiendo aquel perturbador silencio. -Siéntate, no le temas al destino, no le temas al amor, no le temas al placer- Esas fueron las palabras pronunciadas por aquella misteriosa voz, enseguida, una hermosa figura femenina apareció entre las cortinas mostrándose semidesnuda ante la tenue luz, allí estaba, se trataba de aquella hermosa mujer que lucía tentadora hasta para ella. Tenuemente fue acercándose hacia ella estirando su mano invitándola a levantarse del sofá en el que se había sentado previamente y como por arte de magia, una música con un sonido indescriptible como sólo los ángeles y los demonios la pueden tocar sonó absorbiendo sus sentidos.

Bailaron, disfrutaron de aquella hipnotizadora melodía, y luego, como si un poderoso hechizo se apoderara de su ser, aquella misteriosa mujer posó sus labios sobre los de ella, dos hermosas figuras iluminaban aquella escena misteriosa cubiertas bajo una luz roja, en sus besos se sentía el placer, se sentía la energía que sólo el amor puede causar. Se besaron con tanta pasión que parecía insuperable, inalcanzable hasta para el mejor de los amantes, sus cuerpos rodaron en el suelo girando lentamente, se desnudaron delicadamente para acariciar sus pechos con ternura, besaron sus senos mutuamente intercambiando caricias de amor, de placer, una a una se turnaban besos entre sus piernas, sudaban, gemían de desbordante goce, un aroma a sexo se percibía en esa habitación, hicieron el amor con lujuria, con pasión, con rabia, aquello era algo de otro mundo no terrenal, era el cielo y el infierno combinados, mezclados en un sólo escenario. Desbordantes humedades se hicieron sentir en aquel lugar, un instante bastó para sucumbir ante el placer, el cielo y el infierno se estremecieron ante los movimientos de esos dos cuerpos desnudos que se

amaron esa tarde hasta la noche, pues el tiempo transcurrió tan rápido afuera pero tan lento adentro que por un instante se perdió la noción de este, pronto, la noche con su manto cubrió aquel atardecer venciendo a dos cuerpos por el cansancio de las energías totalmente gastadas por el hambre del amor. La carne es frágil y débil como el papel en el agua y las pasiones sucumben ante los más mínimos y bajos caprichos del placer.

Despertó con el primer destello del amanecer, despertó de aquella realidad soñada en la noche anterior esperando encontrar allí en esa alfombra un cuerpo a su lado, pero ni una imagen, ni siquiera una sombra quedó de aquel encuentro fugaz y placentero que consumió una tarde y una noche. - ¿fue un sueño? ¿Fue la realidad? - En ese instante todo era una gran incógnita, mil imágenes plasmadas en su cerebro impresas como las letras de un libro en una hoja de papel. Repentinamente miró hacia la ventana llevada por un hechizo misterioso para ver como aquel hermoso ángel volaba hacia el cielo extendiendo sus alas, moviendo sus manos, llamándola hacia ella y al no poder resistir tal tentación, se lanzó por la ventana para volar y alcanzar aquella hermosa figura. Y fue así que volaron por el cielo perdiéndose entre las nubes hasta desaparecer en el horizonte lejano de la eternidad.

Capítulo 4

LEVEDAD

El viento soplaba frotando las hojas de los árboles silbando al pasar, la niebla era espesa y hacía imposible la visibilidad de la noche, helaba las hojas con su frío invisible y las cristalizaba con su poder. En ese momento, su figura apareció en medio de la bruma como un fantasma más blanco que la misma niebla. Entre tanto, él daba vueltas en la cama mientras pensaba en su ser amado recién perdido por las levedades de la vida pues, no podía resistir semejante dolor causado por la muerte de quien fue por muchos años su única compañía.

Los sueños le embargaban su mente en esos momentos de terrible angustia al pensar en el tiempo perdido, alcanzarían unos segundos para poder expresar lo que sentía en esos instantes, bastarían unas caricias para hacerle comprender lo mucho que la amaba. Vueltas y vueltas interminables en el transcurrir de esa noche sin final. Analizaba el tiempo y examinaba el espacio para encontrarle sentido a su vida, pero la respuesta le era negada por la incertidumbre de la irrealidad a la cual era transportado cada noche desde el día de su deceso, nunca lo esperó, jamás imaginó la visita muerte en ningún momento de su vida, pero está llegó como aquel huésped indeseable que entró sin ser invitado para tomar lo que por derecho le pertenecía y luego huyó como aquel ladrón que robó el Monet.

La vida no era más que un destello fugaz ante los millones de años luz que magnificaban al universo. Y cada vez más vueltas en la cama, ya había dado por lo menos mil desde el instante de su desaparición. En esos momentos, el sueño se había tornado intolerable pero inevitable y sabía que su cuerpo necesitaría descanso eterno para obtener tranquilidad, pero pensó en lo que le sucedería a su alma en el momento en que su cuerpo descansara. Tal vez, mientras su cuerpo dormía, su alma vagaría por el mundo material al que ya no pertenecía. Más vueltas y la respuesta lo llenó de temor.

No comprendía por qué Dios permitió semejante cosa, entonces, despertó por primera vez esa noche y aunque no quería dormir, fue la única manera que encontró para escapar de ese mundo tortuoso y real, luego, se volvió a dormir contra su voluntad para acariciar su rostro perdido entre la nada, y nuevamente más vueltas en la cama iban y venían como el vaivén de un péndulo en medio de la oscuridad y de nuevo la niebla congelaba sus brazos y sus piernas perturbando sus sueños. El sabor, el aroma de sus besos aún lo podía sentir en esa habitación desolada por el manto de la muerte. Pronto, el viento se convirtió en huracán y alejó su alma cada vez más de él mientras un misterioso trozo de papel voló por el

aire cayendo en sus manos con un mensaje escrito con sangre:

La luz, el pasaje de la salvación,

Se ve en blanco de la oscuridad.

Un largo sendero suave de perdición

Que conduce al camino de la eternidad.

No existe muerte más hermosa

Que la de la mano que suavemente

Sobre el hombro de mi ser reposa.

La vida, un ser perdió vanamente.

La neblina húmeda es demasiado fría,

Y el soplar del viento es inminente,

Sin su movimiento es ya impotente,

Ese cuerpo sin el alma, ya es no mía.

Más vueltas en la cama torturaban su alma aún viva con pasiones pasadas, mil imágenes transcurrieron como una película interminable en un cine vacío, su rostro se reflejó en todas partes, pero su esencia no se encontró en ningún lugar de aquellos que solía recorrer cuando aún respiraba el aroma de los vivos. Ya su alma se había perdido entre las almas de aquellos que habían perecido ante el manto blanco de la pálida calavera que recorre el mundo a diario en busca de más víctimas del destino y, cuyas llamas están a punto de extinguir la longitud de velas de la vida que fueron puestas allí por el creador cuyo rostro ningún ser vivo aún conoce. Ni la magia, ni la brujería tuvieron el poder de devolverle aquello que alguna vez hizo parte de su ser.

Nunca entendió por qué le fue arrebatado lo que a este mundo lo tenía atado. Mil respuestas eran buscadas para mil preguntas hechas por un alma que, aunque aún viva ya estaba muerta. Luego, totalmente consternado por la incertidumbre se despertó por segunda vez en esa tormentosa noche oscura. Rayos caían desde el cielo para iluminar una sombra lóbrega y pálida, más aún que la misma muerte a la cual le

reclamó por las injusticias del destino. La suerte de todos ya está escrita en el libro del autor anónimo. Sombras y luces era todo lo que se podía percibir en esa oscuridad tan lúgubre, teñida con el negro más oscuro y misterioso hasta el momento conocido por los hombres, ¿quién o qué pudo ser tan malvado como para haberle dejado asesinado en vida? Ya loco ante la muerte gritó:

Mira, mira en mi a este pobre ser
Que en esta noche fría y montuosa
Siente su alma caprichosa padecer
Por la ínfima levedad tortuosa.

Mi sueño, mi alma, no hay reposo.
El creador y hacedor del universo,
Con sufrimiento cruel y doloroso
Puso en mí un castigo muy perverso.

No permitas que esta, ni otra noche,
Que ni el más fuerte ante ti sucumba,
Mas deja que el jinete del lúgubre coche
Cierre para siempre el lecho de mi tumba.

Relámpagos y rayos iluminaron esa fúnebre noche donde un cuerpo clamó por piedad, por misericordia el descanso eterno, demostrando que el verdadero amor no significó nada más que muerte. El que amó y el que odió trazó su suerte, el libro de la vida escribió algunos pasajes muy exigüos, interminables sufrimientos se pueden padecer más por los vivos que por los muertos.

Nuevamente dormido su pálido rostro se vio afligido cuando ese espíritu estiró sus manos para llevarlo consigo a un lugar por nadie jamás visto. Un viaje interminable inició esas dos almas que se fundieron esa noche pues no hay llanto ni lamento que no sea escuchado y en el libro de la vida, ningún destino está aún trazado. No más rayos, no más relámpagos, no más vueltas en la cama porque todo ha cesado, llegó el día y dos

almas para siempre han descansado.

Capítulo 5

LA COSA EN EL ESPEJO

Despertó atormentado como todos los días, estiró sus brazos y se dirigió al baño para lavar su rostro sudado por el cansancio de la noche. Abrió el grifo del agua y se miró en el espejo para observar su demacrado aspecto producto del absorbente sueño que tuvo en la noche anterior. Mojó un poco su cara para despertar de las pesadillas que sobrecogían su mente noche tras noche desde el momento de su involuntaria perdición, el cansancio se notaba reciamente en su rostro pálido y afligido por las insatisfacciones de una vida apesadumbrada por las tinieblas. Nuevamente mojó sus manos y se las pasó por su rostro y se miró otra vez en el espejo mientras se preguntaba qué era lo que se estaba reflejando en ese raro y perverso objeto.

Era extraño, pues ese día vio otra cosa diferente a lo habitual. Al acercarse, no vio su rostro sino la imagen que se reflejaba. Por primera vez en su vida no vio al hombre sino a su verdadero retrato en el espejo. "Dios" dijo mientras acariciaba su rostro angustiosamente. "¿Qué soy o mejor aún, ¿quién soy?" Un hombre que nunca había visto su alma por primera vez lo hizo a través de su reflejo. Se acercó de nuevo al espejo y miró dentro de su ser buscando aquella respuesta que le tranquilizara con respecto a esas inexplicables impresiones. Su mirada atravesó su imagen y penetró su mente buscando dentro de los más recóndito de su cerebro algún pensamiento que le proporcionara una respuesta para sus afligidas emociones, entonces, sus ojos se dirigieron hacia el pasado y hallaron la respuesta. Un oscuro pasado que sólo él conocía y que había permanecido oculto hasta que se miró en el espejo.

Fue allí, justo en esos momentos que empezó a reflexionar sobre su existencia y sobre las cosas que había hecho. Frente al espejo empezó a deliberar sobre todos aquellos actos que había cometido hasta ese día. Comenzó a repasar sobre todas las cosas atroces que había hecho para obtener aquello que las demás personas llaman tranquilidad. Tomó un cigarrillo y lo encendió, aspiró lenta y profundamente hasta llenar sus pulmones, "Dios" pronunció frente al espejo por segunda vez mientras arrojaba el humo por su nariz y su boca. Se miró nuevamente en el siniestro espejo y observó su imagen real, un retrato macabro se proyectó. Ese descubrimiento turbó su mente confundiéndolo y martirizándolo al no encontrar ni una tenue luz que iluminara su oscura razón.

Esa respuesta fue pavorosa porque descubrió que él era un demonio que nunca respetó la vida de los demás. Frente al espejo descubrió que siempre había sido un maldito desquiciado. Reveló que siempre había estado lleno de odio, rencor, desesperanza y frustración y que todo eso lo

había llevado a cometer los actos más viles y crueles que jamás un hombre pudiera cometer. Por primera vez frente al espejo descubrió que su presencia evocaba la muerte. Se preguntó entonces por qué nunca tuvo una vida normal. La respuesta le fue dada por ese demonio que se reflejaba en el espejo.

Él no había tenido aquellas cosas porque él nunca fue un hombre ordinario, siempre había sido diferente y hasta ahora se daba cuenta de eso. Su vida había estado llena de acontecimientos que no tienen los hombres comunes y corrientes porque siempre había sido un individuo falso, triste, solitario y malvado. En esos momentos el espejo se transformó en una pantalla que proyectó su perturbada vida, allí pudo percibir como desde chico empezó a robar, a pelear y a matar argumentando que nunca nadie le había dicho lo que estaba bien o lo que estaba mal. Hasta ese día fue un hombre que nunca le había temido a nada ni a nadie. Una persona que nunca había sentido recelo ni remordimiento por nada en este mundo, sin embargo, en el espejo pudo observar las pesadillas que torturaban su sueño vulnerado por los sufrimientos causados por el miedo que siempre tuvo reprimido dentro de su alma. Nunca había tenido miedo, pero en ese momento su cuerpo estaba paralizado y frío, en ese instante su rostro estaba lleno de temor, en ese minuto estaba muy asustado, y por más que lo intentaba no podía dejar de temblar. Por primera vez en su vida estaba realmente aterrorizado, estupefacto y quieto, permaneciendo inmóvil ante el oscuro espejo que tenía al frente.

Luego de una vida que parecía tranquila hasta ese entonces, después de los años tan duros que afrontó y sobrevivió peleando contra todo y todos, sólo una cosa en el mundo pudo aterrorizarlo hasta detener su corazón y acabar con su existencia, esa era el demonio que tenía en esos momentos frente al espejo, la cosa, la imagen más horrible y atemorizante que jamás vio en su vida, la maldad que sólo él pudo observar antes de morir, esa horrible criatura, ese abominable ser sin sentimientos ni escrúpulos al que siempre tuvo consigo, durmiendo dentro de él. El objeto de todas sus horripilantes pesadillas era simplemente él mismo. Por eso, a pesar de negar su propia existencia y de luchar airadamente contra sus sueños fríos y oscuros sucumbió ante la imagen que le reflejó aquel espeluznante espejo ubicado en la oscuridad de su ser.

Capítulo 6

EL ÚLTIMO TRABAJO

Zuaz, Zuaz, Zuaz tres cuchilladas y al suelo, y todo por defender 50 dólares que guardó celosamente hasta el día de su muerte, vaya ironía, la vida no valía ni un centavo. Ese era el pensamiento de Joseph en ese instante, recordaba eso como si hubiese sido ayer, sus manos llenas de sangre, su mirada de odio y lo mejor de todo, su cara de satisfacción, vaya, quién creería que ya habían pasado veinte años desde aquel acontecimiento, un recuerdo fugaz en su mente retorcida, una mente turbada por decenas de vicios durante cuarenta años, pero al fin y al cabo, él no tenía la culpa, justificaba su actuar considerándose a él mismo como una de las tantas víctimas que había formado este mundo cruel. "Nadie pide nacer aquí, uno viene y ya, lo demás viene por añadidura". Esa era la disculpa perfecta para consolar la poca conciencia que aún le quedaba dentro de su desquiciada mente.

Joseph, un hombre cuarentón, delgado pero fornido, de ojos verdes, cabello lacio y tez pálida, más conocido como el mil caras debido a las numerosas cicatrices dibujadas en su rostro por miles de artistas criminales peores y mejores que él, era uno de esos individuos destacados en el mundo criminal, odiado y a la vez admirado por su osadía, temido por su crueldad. Bebía una taza de café tranquilamente mientras esperaba por su último trabajo, aquel que le dejaría muy buena gratificación, el último, el de retirarse pues, aunque no arrepentido, ya estaba cansado de su trabajo "no más muertes, no más venganzas, no más escapatorias, no más vida criminal" Este sería definitivamente su último trabajo. "¿Quién sería la víctima?, bah, qué más da uno más y ya".

Esperaba con ansias mientras bebía esa taza de café a que llegara el mensajero con el contrato, como siempre, un pequeño archivo, unas fotografías y el dinero, por supuesto. Veinte minutos sentado y comenzó la impaciencia. Fue en aquel momento cuando aprovechó para recordar el inicio de su vida criminal, entonces, evocó a su primera víctima, no fue intencional, más bien, se trató de algo obligado. En ese entonces, era un ladronzuelo, lo recordaba bien, aquel tipo saliendo de la fiesta. Eran aproximadamente las tres de la mañana cuando aquel ser totalmente desconocido apareció, sin embargo, eso era lo que menos le importaba pues, su atención se centraba en el gabán que traía puesto aquel sujeto, que ocasión, el pobre tipo venía con una hermosa joven, nada más le podía pedir a la vida en ese instante, en cambio él venía con sus "amiguitos", una pequeña pandilla liderada por "Hueco" el más temido ampón del barrio. Joseph lo admiraba, veía en él a un héroe o más bien, a un villano, sagaz, fuerte, ágil y brutal, Hueco era un tipo sin escrúpulos, la

hiena que lideraba a esa voraz manada.

Rápidamente se organizó la jauría, Joseph divisó a la presa, lenta y sigilosamente rodearon a los sujetos y luego se les acercaron arrastrándose entre la maleza sin ser percibidos y en menos de un segundo, clavaron sus colmillos sobre las indefensas víctimas. La táctica era muy sencilla, primero se neutralizaba al sujeto más fuerte del rebaño provocándole no solo un ataque físico sino también uno psicológico, de esa manera, los demás perderían toda intención de luchar. -Quietito ahí y quítese el abrigo-, dijo Joseph. -"Si, si lo que usted diga pero no me vaya a hacer nada por favor"- era la petición hecha por el sujeto ante tal acontecimiento imprevisto, - "¡Haga lo que le digo cabrón si no quiere que le pegue su puñalada y cálese!"

Recordó como el sujeto obedeció con prontitud y sobre todo, con terror, en pocas palabras, el tipo pareció como un dócil perrito ante los regaños de su amo, no cabía duda que los vivos asustaban más que los muertos, eso se reflejó en el rostro de aquel hombre, pero por más vulgares e intimidantes que parecieran sus palabras, Joseph no tenía la intención de herirlo, era consciente que sin insultos no conseguiría nada, el problema empezó cuando Joseph miró a su lado y vio como Hueco violaba y apuñalaba a la muchacha. Una y otra vez Hueco enterraba su cuchillo en el vientre de la mujer al mismo tiempo que la ultrajaba sexualmente y mientras actuaba de esa manera tan brutal, una sonrisa de satisfacción escapaba de sus labios reflejando un malévolo placer en su rostro.

Joseph tembló ante ese acto de cobardía y recordó como Hueco había dejado a aquella mujer totalmente destrozada en el suelo. Luego vino lo peor, este se acercó a Joseph, sacó un revólver Smith hueso duro calibre 38 de su bolsillo y se lo ofreció para que le pegara un tiro en la cabeza al sujeto que Joseph robaba. Pero, aunque en su historial tenía un sin número de puntazos, puñaladas y marcas a otros seres, él nunca había asesinado a nadie. Su mayor satisfacción hasta ese momento lo había encontrado cuando una vez apuñaló las nalgas de un sujeto que puso resistencia en uno de sus atracos, pero el hecho de segar la vida de un ser humano le aterraba.

Y aunque en muchas ocasiones estuvo a punto de matar, recordó también las veces que se encontró por su estilo de vida al borde de la muerte y eso le angustiaba pues, él sentía pavor por ella. Por eso, se negó rotundamente, pero al hacerlo, las palabras que usó Hueco contra él fueron tan intimidantes que hicieron temblar hasta al más temerario de la pandilla, "¡mire gran hijueputa cabrón!, si usted no mata a esa lacra, entonces yo lo maté a usted, ¡entendió!" Joseph sabía que Hueco no mentía, él conocía la brutalidad de sus crímenes y sabía que cuando él amenazaba a alguien, sus palabras debían ser tomadas en serio.

Entonces, le dio el arma a Joseph y este la recibió totalmente horrorizado, entre tanto, Hueco sacó otra arma de su otro bolsillo y la apuntó directamente sobre la frente de Joseph. No tuvo más remedio que colocar el arma en la frente de aquel individuo mientras este clamaba por su vida, "por favor no me mate, por favor, mire que yo tengo hijos y esposa" fueron las palabras de clemencia de aquel hombre que suplicaba en llanto mientras que Hueco se reía y le gritaba a Joseph "¡vamos, vamos, es usted o él, vamos! Esas palabras produjeron un miedo tan intenso en Joseph quien ya aturdido ante esa diabólica voz no tuvo más remedio que jalar del gatillo. Le incrustó una bala en el cerebro a aquel sujeto inocente cuyo único pecado fue el haber salido totalmente confiado a esas horas de la madrugada. La sangre de la víctima saltó sobre el rostro de Joseph quien quedó totalmente enajenado ante lo sucedido, después de aquello, Hueco comenzó a reír ante esa escena dantesca como si hubiese visto el espectáculo más gracioso de este mundo, luego se alejó totalmente tranquilo y confiado como si lo anterior hubiese sido tan sólo otro día más de su vida.

Después de aquel acto infame, Joseph se dirigió a su casa para lavarse la cara, pero el rostro de aquel sujeto seguía ensuciándolo, el terror de aquel hombre quedó grabado en su cabeza como si hubiera sido esculpido por un artista macabro. Aún no creía lo que había hecho, se miró en el espejo y el rostro de la muerte se reflejó en este. Esa noche no pudo dormir, soñó todo el tiempo con aquel tipo, no podía olvidarlo. Sintió por instantes que un espíritu atormentado le jalaba sus pies en la cama, lo mismo le sucedió durante las quince noches siguientes, hecho que trató de olvidar sumiéndose en las drogas, no obstante, el pánico se hizo más grande con su consumo.

Después de quince largos y tortuosos días, poco a poco fue olvidando los hechos, tiempo en el que no abandonó su casa más que para adquirir algo de droga, durante ese lapso la admiración que sintió por Hueco se transformó en odio, él nunca quiso asesinar a nadie, sabía que se trataba de un pecado mortal que marcaría su camino para siempre, pero no tuvo otra opción, entonces, desesperado, decidió buscar a Hueco para devolverle ese maldito revólver con el cual tomó la vida de ese hombre, pero en el momento que salió de su casa se encontró con dos enemigos con los que tenía unas cuentas pendientes ya que Joseph le había chuzado la nalga a uno de ellos, esa era su marca personal, le gustaba hacerlo porque sabía que una herida de esa clase tardaba bastante tiempo en curarse y además de causar dolor intenso, también causaba mucha incomodidad a quien la recibía, y todo porque no le quisieron regalar algo de droga.

Capítulo 7

Joseph sabía que esos tipos eran peligrosos, aún más que él pues, desde que era niño lo molestaban constantemente, "lo tenían de flecho" como se conoce en el bajo mundo. Cuando los vio salió corriendo tan rápido como pudo, él sabía que si lo alcanzaban le iría muy mal, en su desesperación no se dio cuenta que había entrado en un callejón sin salida, "el ajusta cuentas" así le llamaban a ese lugar porque se entraba bien pero se salía mal y cuando Joseph se dio cuenta ya era demasiado tarde. Poco a poco se le acercaron los dos sujetos gritándole insultos y palabras vulgares cada uno con una navaja en la mano, entonces, por un segundo, Joseph reaccionó y recordó que traía el arma de Hueco, la sacó rápidamente antes de que los dos tipos llegaran hacia él y les descargó seis balas en sus cuerpos y dio cuenta de ellos, los dos cayeron tendidos en el suelo sin vida. En aquel momento, se sintió como un verdadero valiente, como Superman, invulnerable y poderoso, vio en un revolver un arma más poderosa que una navaja, esos fueron su segundo y tercer muertos. Se fue a su casa nuevamente pensando en lo que había hecho y a diferencia de la vez anterior, se sintió vigoroso, ya no le quería devolverle el arma a Hueco sino las balas. Se recostó en su cama esperando el anochecer y contrario a las anteriores, durmió plácidamente con una sonrisa de satisfacción en su rostro, ese día se convirtió en un verdadero asesino, ese día se convirtió en Hueco.

Después de varios días de vagar en la calle y cometer fechorías con su nuevo juguete supo por boca de varios que Hueco lo andaba buscando para matarlo ya que le había quitado algo que le pertenecía, Joseph sabía que con Hueco no se bromeaba y antes de que este lo hallara a él, él lo encontraría primero, por eso, esa misma noche decidió ir en busca de su presa, sabía que no sería fácil pues él era un sujeto que ya había escapado un sin número de veces de la muerte, es más, dormía prácticamente con ella, pero él tenía una pequeña ventaja sobre Hueco, Joseph conocía perfectamente el lugar en donde este dormía todas las noches, entonces fue y se escondió allí, desde muy temprano, en el viejo auto abandonado en el parqueadero que quedaba junto al río, allí esperó estoicamente hasta altas horas de la madrugada con la paciencia que solo la tiene un felino cuando espera a su presa.

Recordó como Hueco entró por la ventana del auto totalmente drogado y confiado mientras balbuceaba cosas sin sentido, eso lo asustó un poco porque de todas maneras Hueco era toda una leyenda en la vida criminal y debía aprovechar el mejor momento, entonces, después de unos minutos, cuando este ya se encontraba dormido, salió como un fantasma y le gritó "usted tenía razón, era usted o yo!" y le descargó toda el arma dejándolo sin vida en el interior de ese auto. Ese había sido su mejor trabajo hasta ese momento ya que bastaron unos segundos para acabar con el ampón más peligroso del barrio, eso lo llenó de confianza y

seguridad para el resto de su vida, después de eso, desapareció por un largo tiempo y se dirigió a otro lugar.

Sonó su teléfono celular, era Don Elías quien le pedía que esperara un poco más, le dijo que su mensajero llegaría en unos diez minutos, eso lo tranquilizó un poco, él sabía que con Don Elías los negocios eran serios y de confianza. Pidió otra taza de café de una manera muy cortés para pasar el rato de espera, algo no muy común para un asesino de esa índole, agradeciendo, decidió esperar muy pacientemente y pensó nuevamente en su víctima, debía ser alguien muy importante para pagar semejante cantidad, tal vez un político, o un religioso, o quizás un personaje de la farándula o tal vez un mafioso o militar, el hecho era que no se trataba de cualquier persona, pensó en Don Elías, recordó cuando lo conoció.

Después de haber matado a Hueco huyó hacia Miami, Hueco era un pez gordo y sabía que no le perdonarían eso pues, él tenía demasiados amigos en el barrio y en la ciudad. Llegó a Denver sin un centavo pero con un revólver y sabía que eso sería suficiente para sobrevivir por un tiempo y aunque no conocía nada ni a nadie no sería mucha la diferencia entre un lugar y el otro. Al atardecer, buscó un lugar donde acechar, fue allí cuando observó a una señora saliendo de una tienda con una bolsa en la mano, pero lo que más le llamó la atención fue lo que llevaba colgado en su cuello ya que a simple vista, se podía notar que se trataba de una cadena de oro de bastantes quilates, "vaya gente tan confiada la de esta ciudad" pensó en ese entonces y sola, que mejor ocasión. La siguió por unas cuadras y en la primera oportunidad salió corriendo hacia ella y le rapó de su cuello la cadena y desapareció como un fantasma, sin dejar rastro alguno, se carcajeó de él mismo cuando recordó que no hubiese sido necesario el huir como una rata apaleada teniendo un revólver consigo, pero que más daba.

Buscó la primera tienda de empeño que encontró y vendió la cadena, le dieron doscientos dólares, no mucho por algo que valía casi mil, seguía siendo un ladronzuelo después de todo. Salió feliz con ese dinero ya que era suficiente para pasar la farra del día, almorzó en un exquisito lugar y por la tarde entró en una taberna donde bebió por unas horas, la gente de allí era menos complicada que la de donde él venía, empezando por su manera de vestir ya que la ropa de allá era mucho más ligera que la de Memphis, obviamente debido al calor de la ciudad que hasta ese entonces era lo único que no le había agradado, cuando se cansó de beber se dirigió hacia un prostíbulo que ya había visto con anticipación y negoció con una morena para pasar la noche, después de contratarla por algo de sexo, se dirigieron hacia una casucha que se encontraba cerca del lugar de donde estaba parada la muchacha, pasaron por un largo corredor que se encontraba lleno con decenas de jóvenes como esa y entraron en una pequeña habitación que tan solo tenía una cama y un radio en su interior, puso su revólver encima de la pequeña mesa de noche, se desnudaron y

en el momento en que se disponían para hacer el amor, tumbaron la puerta de la habitación y entraron tres tipos totalmente armados con el dueño de la prendería el cual señaló a Joseph con el dedo índice diciendo "sí, es el mismo" recordó su revólver y recordó también que no la tenía cerca de él, fue un grave error el haberse confiado tanto.

Después de golpearlo le colocaron una bolsa en su cabeza y lo subieron a un carro, era una camioneta, la reconoció por el ruido que hizo el motor cuando encendió. A pesar de sentirse asustado en ese momento fingió serenidad, no sabía por qué demostraba semejante comportamiento, tal vez, porque dentro de sí tenía la corazonada de que las cosas no terminarían bien, trataba de no pensar en lo que le harían o hacia a qué lugar lo llevarían. Después de una media hora de camino, sintió que el vehículo entró en un lugar, Joseph dedujo que se trataba de una hacienda porque el sonido de las pisadas de las llantas del vehículo sonaban diferente que cuando iban por el asfalto, se detuvieron y se bajaron los sujetos empujándolo hacia el suelo, lo metieron dentro de una habitación y una vez allí adentro le quitaron la bolsa, cuando recuperó por completo la vista sobre un sofá estaba sentado un sujeto bastante obeso el cual se quedó mirándolo fijamente, ese era Don Elías. Este chasqueo sus dedos y en el acto apareció la mujer a la cual Joseph le había robado la cadena, la recordó de inmediato y comprendió el porqué estaba entonces en ese lugar, le había robado a la mujer de un narco.

El hombre gordo le preguntó a la mujer que si se trataba del sujeto que la había robado a lo que ella respondió afirmativamente asintiendo su cabeza, entonces Don Elías se paró y le pegó una cachetada reventándole la nariz, sin embargo, más que ese acto, lo impresionó el tamaño de Don Elías, era enorme, media por lo menos uno noventa de altura más su monumental grosor, esos dos aspectos lo hacían lucir realmente atemorizante. Joseph no susurró nada ante lo sucedido, eso le había gustado a Don Elías ya que a él no le gustaban los cobardes ni los suplicantes y hasta el momento Joseph era el único que no lo había hecho, no por lo menos delante de Don Elías. Joseph no sabía que se trataba de la mujer de un narco, pero por suerte del destino le agradó a Don Elías y este decidió darle la oportunidad para enmendar su grave error.

Capítulo 8

Don Elías era el jefe de una organización de sicarios que trabajaban para el cartel en ese entonces, le pusieron la no muy fácil tarea de acabar con un expendedor que había traicionado a los jefes vendiendo en lugares que no debía hacerlo y trabajando por su cuenta, aspecto que más que una traición, era un desafío para ellos, no podían permitir eso ya que luego otros pensarían en hacer lo mismo. Le dieron de nuevo su revólver y lo subieron al mismo vehículo en el cual lo habían traído, se trataba de una camioneta tal y como lo había pensado con la hacienda, lo llevaron hacia el lugar en donde se encontraba supuestamente el traidor, le mostraron su fotografía y le dieron dos balas y una navaja, luego los sujetos se alejaron unas cuadas del lugar en donde lo dejaron, él sabía que era vigilado y pensó en Hueco ya que al igual que ese día, no tenía más alternativa pues al igual que esa vez, era él o aquel sujeto al cual acababa de distinguir en aquella fotografía, él sabía que Don Elías estaba jugando con él ya que ellos podrían realizar ese trabajo fácilmente, tal vez, solo se trataba de una manera más sutil de asesinarlo.

Cuando llegó el hombre comprendió rápidamente por qué le habían dado dos balas y una navaja, aquel sujeto al que debía asesinar no venía solo sino que estaba acompañado por dos individuos más, tuvo que pensar rápidamente en un plan para acabar con los tres con prontitud, sabía que no sería fácil así que decidió simular que iba comprar algo de droga para poder acercárseles, preguntó por un cristal, el problema era que los otros sujetos no se alejaban de la víctima, le dieron la droga, entonces, tenía que actuar lo más rápido que pudiera. Mientras simulaba sacar el dinero para pagar por el ilícito desenfundó su arma como lo haría el mejor vaquero de la época y le disparó al tipo en la cabeza y casi en el mismo instante le dio al otro en el vientre, luego, girando casi en forma instantánea le pegó al último con la cacha del revólver momento que aprovechó para sacar la navaja y apuñalarlo, le dio con tanta fiereza que perdió la cuenta del número de veces que se la enterró, hacía ya bastante tiempo que no usaba una navaja puesto que no le gustaba, sobre todo, al ver que como se ensuciaba con la sangre, ya no le parecía limpio usar una navaja, mejor un revólver, más rápido, más certero y sobre todo más y limpio. No solo había cumplido con éxito esa tarea, sino que había demostrado frialdad al haber acabado con esos tres tipos casi en un santiamén, Don Elías quien lo había estado observando desde el vehículo inmediatamente notó que ante sus ojos tenía a un talento innato para asesinar, motivo por el cual lo contrató inmediatamente, de allí en adelante comenzaría su vida de sicario y el arma que le dio Hueco pronto se convirtió en su amuleto de la suerte.

Rápidamente se destacó en el mundo criminal como uno de los mejores sicarios, bajo sus manos murieron un sin número de hombres desde religiosos, políticos, extranjeros, militares incluyendo el famoso caso de

Beltrán uno de los más prestigiosos y populares políticos del país. Joseph no miraba rostro ni condición social, y cuando menos se dio cuenta, ya habían pasado veinte largos y pesados años de homicidios, de todo entraba en sus contratos menos niños y ancianos ya que consideraba que, los primeros apenas empezaban vivir y los segundos dentro de poco iban a morir, de por sí, consideraba que era todo un récord llegar hasta los setenta o más. Bajo las ordenes de Don Elías ya habían caído muchos hombres, cientos de ellos, sin embargo, él no le había comentado nada sobre su retiro a este, sabía que no le gustaría tal cosa y no es porque le tuviese miedo sino respeto. Y aunque ya había ganado mucho dinero aún no era suficiente para retirarse, a pesar de todo, el trabajo cansa y Joseph ya estaba demasiado cansado, pensaba en alejarse de la ciudad y comprar un rancho, alejarse de la civilización y morir con los animales, alcanzar el récord de los ancianos y aunque no le temía a la muerte si a ser asesinado con una bala o un cuchillo, de cualquier forma, que no fuera natural.

Volvió a sonar su celular y cuando contestó, nadie le respondió, repentinamente llegó el mensajero que le traía el retrato de su último trabajo, le pareció algo misterioso ya que no dejaba ver su rostro. Este le entregó un sobre amarillo y un maletín lleno de dinero, como siempre, la mitad ahora y la otra mitad después. Joseph estaba ansioso, quería terminar ese trabajo lo más rápido posible, luego, se retiraría para descansar plenteramente. Enseguida, el mensajero se paró y se marchó tocándole su hombro a la vez que le dijo "Lo siento mucho" Joseph pensó que se trataba de un loco, miró el dinero, con lo que había dentro de ese maletín sería suficiente para retirarse, y aunque podía haber escapado con este y no realizar ningún trabajo, él era extremadamente cumplido.

Abrió el sobre y quedó sorprendido al ver que dentro de este no había ninguna fotografía sino una carta escrita a mano, el mensaje era verdaderamente extraño "Su víctima será la persona que le entregó este maletín y este sobre, ese será su último trabajo. Atentamente don Elías" Joseph quedó sorprendido con el contenido de este, no comprendía cómo había hecho Don Elías para enterarse de aquello si hasta el momento él no se lo había comentado a nadie, sin embargo, tenía que cumplir con su encargo. Se paró sin pagar la cuenta, tenía que alcanzar al sujeto del maletín antes de que se alejara más, lo divisó y salió corriendo tras él y aunque no podía observar su cara, lo pudo reconocer por su gabardina negra y la bufanda que llevaba en el cuello, era la primera vez que mataba a alguien sin verle primero el rostro, sacó su arma, su amuleto, la misma que le había dado Hueco hacía ya veinte años, le disparó al sujeto pero este no cayó, "maldición" dijo, sabía que no debía fallar porque quedarían frustradas sus deseos de retirarse, no podía fallar, entonces, sacó un cuchillo, no importaban el ensuciarse las manos, si las balas habían fallado, el cuchillo no lo haría, entonces, apuñaló al sujeto pero este no cayó, que extraño parecía inmortal, logró darle la vuelta y continuo apuñalándolo, por fin se derrumbó aquel individuo que parecía

invencible hasta ese momento, sus manos estaban llenas de sangre, debía saber quién era ,debía conocer el rostro de su última y más difícil víctima y cuando por fin logró destaparle la cara no podía creer lo que veía.

Parecía como si se estuviese mirando frente a un espejo pues el rostro que veía era exactamente igual al suyo, cuando se dio cuenta estaba rodeado de mucha gente quienes lo miraban estupefactos, pero nadie se atrevía a decir o hacer nada al respecto, quiso salir corriendo, pero sus piernas no le respondieron en ese instante, quiso gritar pero de su boca no le salió ningún sonido, lo único que podía hacer era mirar a su alrededor. Cientos de ojos lo observaban mientras el yacía en el piso, luego, vio como uno de los espectadores se acercó hacia él, era la muerte que lo señalaba con su huesudo dedo, allí Joseph en el suelo comprendió que ese fue en realidad su último trabajo, que las cosas que había imaginado no fueron más que sus últimos recuerdos, los que tiene el cerebro antes de apagarse pues, ya habían pasado exactamente veinte minutos desde el momento en que uno de los sicarios de Don Elías le había disparado en la cafetería.